

INCORRECTA

• AFROS • FEMINISMOS • MIGRANTES • SEXUALIDADES •

Miércoles 30 de diciembre de 2015 • Nº 4



Ilustración: Federico Murro

Clases sociales, educación pública y migraciones sexuales

No nos rompan más los cuerpos

Que nadie me mida el corazón

La diversidad sexual a la uruguaya

EN LOS ÚLTIMOS años ha habido avances, sí. Leyes que reconocen la identidad de género, institutos estatales que protegen contra la discriminación, personas que se animan a denunciar situaciones de violencia sufridas por sus orientaciones sexuales. La Marcha de la Diversidad se ha convertido en una de las manifestaciones callejeras más populosas. Además de expresar la necesidad de salir del armario por parte de quienes viven una sexualidad distinta a la que siempre se ha considerado la normal, la hetero, pone énfasis en los asesinatos de las mujeres transexuales, en incorporar los asuntos de las sexualidades diversas en el sistema educativo formal, en vivir con un poco de alegría ese mandato del cuerpo.

Muchos advertimos, sin embargo, el peligro de que ese fenómeno que surgió de abajo, o de alguna pequeña comunidad organizada, sea capturado por el poder y utilizado para sus propósitos más evidentes: capturar votos. Tampoco hay que ser inocentes: quienes antes no se alineaban con ninguna estructura partidaria ahora conquistan más cosas insertándose en el poder, que no es immaculado ni puro, militando y “haciendo cabezas” en los anquilosados machismos de hombres y mujeres, de derecha y de izquierda. Dan una batalla inteligente por revertir los discursos que tanto daño, por acción u omisión, nos han hecho. Esto ha pasado, y mucho, en varios ámbitos y en las dos orillas del Río de la Plata: académicos y militantes que pasan a engrosar las filas de los progresismos porque se supone que *ahora* están del mismo lado del mostrador. El intelectual orgánico gramsciano, podría decirse, o el que fisura el poder desde adentro, porque ha comprendido que no existe ese poder con mayúsculas, sino que ciertas cosas se transforman desde lo micro, la empatía con otros (que no es nepotismo), y el horadar los discursos en el propio lugar de los discursos.

Hubo matrimonio igualitario, que, más que apuntar a la igualdad, fue un golpe a lo más reaccionario de la sociedad: políticos de otro siglo, iglesias de todo tipo, vecinos conventilleros y burgueses recalcitrantes. Hubo ley de identidad de género, que obliga a pensar el asunto fuera de la *monstruosidad*, de algo contranatura o como ejemplo nada edificante para las futuras generaciones, a darles nombre de mujer a quienes lo sientan y a tratarlas como tales (con baños, médicos, tratamientos para ellas), aunque la realidad aún diste mucho de reflejar ese lugar ideal o paraíso cívico que las leyes (y muchos militantes) crean sobre el papel. Pero los papeles a veces le salvan la vida o le ahorran un mal trago a una persona, la protegen, le dan una existencia un poco menos amarga o cruda.

Hubo, también, un manual o guía que docentes, representantes del Mides, personas con propie-



Ilustración: Federico Murro

dad para opinar sobre sexualidad, biología, crecimientos, géneros como construcciones elaboraron a conciencia y durante mucho tiempo para que los docentes de la educación pública pudieran construir otra forma de conocimiento en torno a la sexualidad y pudieran, sobre todo, desarticular un poco los mandatos culturales que indican lo que se espera de una niña o un niño.

No se puede ser tan perverso y pensar que quienes trabajaron en esa guía pretendían instalar el diablo en el cuerpo de los niños; pero sí la sexualidad: ¿quién se anima a negar a esta altura que los niños son seres alados y también sexuados? Esa guía no era de uso obligatorio y sólo les daba pistas a los docentes, tantas veces perdidos como los propios padres ante las preguntas de los niños, ante los asuntos de género, ante el mandato social, ante el niño que se pinta las uñas y la niña que toma un balón y camina distinto, demasiado masculinizada para nuestro sueño de las hijas princesas.

Ya impresa esa guía, y a punto de ser divulgada, las autoridades de la ANEP, en un gesto de absoluto autoritarismo (y quién sabe por cuántas presiones: políticas, sociales, religiosas), pararon el asunto. Los argumentos fueron pobres y mentirosos: no se había discutido lo suficiente, dijeron, cuando en realidad el consenso institucional, profesional y militante había sido finamente trabajado.



Entonces, cómo no, ha habido logros y avances. Pero de la ignominia, el ocultamiento, el maltrato, y muchas veces el golpe, la soledad y el abandono, no se sale con tres leyes, dos institutos, una guía y una marcha una vez al año, por más que convoque a más de 20.000 personas.

Cabe preguntarse, también, qué tipo de sujetos se intenta construir. Todo el mundo sabe que la escuela es el lugar de lo homogéneo por antonomasia (ese sueño de *uruguayidad*): toditos iguales.

Ahí hay quizá un inconveniente serio al intentar incorporar la diversidad a la educación: ¿diversos para que se parezcan a nosotros o diversos para que sean *otros*, lo que quieran *hacerse*? Por más *El vestido de mamá* (el libro de Dani Umpi que apela justamente a desmitificar ciertos asuntos: el niño se viste *de* mujer, y eso no significa nada más que eso), por más libros como éstos que los padres progres les compren a sus pequeños “progresitos”, hay algo en los discursos de la nueva progresía sobre la diversidad y la sexualidad que se está instalando, gana terreno y se vuelve, oh, esas vueltas del discurso, *normal*: el destino de casi todos es la familia.

Papá y mamá, papá y papá, mamá y mamá, dos papás y una mamá o viceversa, un padre soltero y gay con un hijo adoptado, inseminaciones, vientres prestados, y todas las combinaciones posibles.

No se puede ser una especie de provocador imberbe y sostener que la familia es una máquina reproductora y listo. Alguien debe criarnos,

ofrecernos amor, protegernos de los primeros embates de la vida. También es complejo darle a entender a un niño que la sexualidad y el sexo, además de estar marcados por la cultura, claro, son asuntos propios, complejos y rebuscados. No digo esto para quedarnos en el oscurantismo ni para acercarme a esos discursos bobos que repiten los más retrógrados, de derecha y de izquierda, católicos y ateos o laicos: que son los padres los responsables de la educación sexual y sentimental de sus hijos y que la escuela nada tiene que venir a hacer en nuestro terreno. Tamaña estupidez y desconocimiento absoluto de la sociedad en la que vivimos y, ante todo, del dolor en el cuerpo y el espíritu de un niño cuando, por ejemplo, su madre es una castradora importante y el padre le dice que eso que hace, vive o piensa, pero fundamentalmente *hace*, es cosa de niñas, de mariquitas. Y ni que hablar cuando esas cosas las piensan, y las dicen, los (malos) educadores.

No saben, ni idea tienen, los replicadores de esos dictámenes, que se escudan tras el libre albedrío y el libre pensar, los años que le llevará a ese niño revertir la culpa, sentirse querido, limpiar casi con esponja de aluminio ese cuerpo, o más bien ese adentro, que considera sucio porque sus afectos primarios así se lo indicaron. Lo mejor que podrían hacer es callar, guardarse sus inteligencias toscas, de barricada, simplemente por respeto al dolor ajeno. Al final, el verdadero asunto es el miedo a la sexualidad, a la

sensualidad, propias y ajenas, el viejo *miedo a la libertad* tan bien nombrado por Erich Fromm. Ya lo decía el viejo Freud: hay dos asuntos en la vida, la muerte y el sexo. Entre ellos nos disputamos, por ellos nos desvelamos.

Pero sí, hay un problema o una dialéctica sin síntesis entre la educación sexual y pública y el deseo de los sujetos, más bien la búsqueda o el encuentro con esos deseos, que al final siempre serán propios. La síntesis imposible es la de crear una especie de “ciudadano sexual”, que repita o copie las formas del “ciudadano ideal”, ya hecho y derecho: vivir en familia, crear familia, comportarse según los cánones de la familia tipo, casarse. El niño que *se siente* mujer reproduce lo peor de la mujer (que no de la feminidad), el gay contemporáneo se vuelve objeto de consumo (agencias de viaje para ellos, *hostels* para ellos, discotecas para ellos). Se corre el riesgo de invertir todas las máscaras para al final ponerse la del otro y no romper ningún espejo. Un cambio que, más que transformar las prácticas sociales, se vuelve un gatopardismo espiritual: cambiemos todo para que no cambie nada.

Y la felicidad, muchachos, la felicidad. No quiero ganarme sobre fines de diciembre el título de amargo del año, pero la felicidad es un momento, un suspiro. No podemos, otra vez, decir que comeremos perdices cuando ese horizonte llamado diversidad (un horizonte que muchos creen que existe y será tocado) se exprese en todo su apogeo. No, no existe, porque los cuentos de princesas y príncipes se acabaron y, honestamente, son horribles. ¿No es de eso que también hablamos?

De eso y de que no es lo mismo el homosexual pobre y de barrio que el gay de Pocitos. Lo decía en este mismo suplemento una travesti peronista argentina (aunque uno no comulgue con el peronismo) con marcada posición de clase: los marginales, los pobres, los negros somos putos; los gays son los que viven en Recoleta. Hay escalas y hay que verlas, identificarlas según el momento histórico: las travestis son hoy el talón de Aquiles del movimiento de la diversidad.

“Ni una menos”, dicen las feministas cuando se refieren a las mujeres muertas en manos de asesinos. ¿Y sus otras compañeras? ¿O para las feministas las travestis no son mujeres, no adquirieron ese estatuto?

Se ha avanzado bastante, sí, pero hay todo un universo que parece no ser registrado, o no se transmite bien el registro: no es lo mismo el interior que la capital, ni para los muchachos ni para los putos viejos, no es lo mismo ser pobre que de clase media, no es lo mismo ser mujer biológica que transgénero. Además de desarticular los discursos de género, hay que afrontar los privilegios de clase y de cultura. ¿Y quién le pone el cascabel al gato?

No basta con declaraciones ni

institutos si aún andamos con miedo, si nos echan de nuestras casas, si uno aprende a manejar la mirada y el cuerpo en la calle para cuidarse de la paliza o el insulto, más allá de poder bailar cada setiembre protegido por una masa tan potente como efímera.

También hay otros discursos que pueden ser tan potentes, modificar tanto las cosas y crear tantos significados, pero que pocos parecen anotar o son tratados como de segunda mano, de estatus minúsculo. El artista argentino Fernando Noy dio un espectáculo el sábado en Montevideo. Recitó poesías, ajenas y propias: de Marosa, de Pizarnik y de una brasileña increíble, Adelia Prado. No sé cuántos putos, lesbianas, heteros, asexuados, o lo que fueran, había entre unas decenas de personas, pero en un momento dijo algo, él-ella, con todo su esplendor vital y casi al pasar, ya incorporado en su manera de ver o vivir su existencia: hay que cambiar de *P* (yo sentí que era una *p* mayúscula): menos Política y más Poesía. Eso dijo. Y no sonó naif, ni poco estratégico, ni inocente a la hora de mutar, de ser otros: amorosos, alados, anárquicos.

Sí podría hablar, entonces, de lo que nos falta, porque lo que tenemos ya tiene demasiada prensa. Nos falta una triple *P*: poesía, pasión, putismo. ■

Apegé

Tránsfuga de clase

Regreso a Reims, de Didier Eribon

REIMS ES LA “comarca” que el autor francés Didier Eribon buscó evadir toda su vida. El lugar de origen, la cuna de los veredictos, las vergüenzas, las injurias.

En este libro publicado en 2009, el autor de *Identidades. Reflexiones sobre la cuestión gay* y *Una moral de lo minoritario*, cuenta cómo -al igual que para muchos jóvenes en todo el mundo- huir a la capital fue un paso necesario para vivir su homosexualidad.

En la Francia de los 60, la manera de ser un joven gay era inventarse como un joven intelectual: “Para un gay proveniente de medios populares, la adhesión a la cultura constituye [...] el modo de subjetivación que le permitirá sostener y dar sentido a su diferencia y por ende erigirse un mundo, forjarse un ethos diferente al que le dio su entorno social”.

Ese paso, al mismo tiempo, implicó constituirse en un *tránsfuga de clase*: al tiempo que reafirmaba su identidad sexual, negaba su origen popular.

La vergüenza pasó a ser otra, ocultar su origen humilde, salvarse del veredicto social de la pobreza, superar otras formas de dominación, esa violencia social que se inscribe en el cuerpo explotado, que

se lee en la fisonomía del entorno.

El autor, a partir de reflexiones autobiográficas, bosqueja una antropología de la vergüenza, y a partir de allí, construye una teoría de la dominación y de resistencia al sometimiento.

Al mismo tiempo, *Regreso a Reims* es parte de un proceso de duelo que surge como consecuencia del fallecimiento de su padre, quien a los ojos de Eribon encarnaba todo lo que él había querido abandonar, la vida del obrero de carne y hueso, víctima de una profunda violencia social pero atravesado por *un racismo primario y obsesivo*, por una homofobia latente, un *trabajador real* no mitificado por ciertas aspiraciones intelectuales y complacientes.

La muerte del padre lo hizo mirar atrás.

A lo largo de la obra analiza cómo el desarraigo de sus orígenes y su familia es provocado por un cuestionamiento personal y político acerca de los destinos sociales, la división de la sociedad en clases, el efecto de los determinismos en la constitución de subjetividades. Busca develar por qué la genealogía individual es inseparable de una arqueología o topología sociales que cada uno lleva dentro de sí, como una de sus verdades más profundas.

Del veredicto social nunca se escapa, pero ¿qué tanto nos constituye eso que nos separa del lugar de donde vinimos, o los lugares que conquistamos para reinventarnos? Pierre Bourdieu definió como “habitus clive” a la distancia entre las estructuras cognitivas incorporadas en el medio social de origen y las actitudes, los gustos y los valores considerados legítimos en el mundo social en que el sujeto ha sido consagrado. Eribon agrega:

“Es la melancolía del insuperable duelo que nos producen las posibilidades que descartamos, las identificaciones que hicimos a un lado. Éstas sobreviven en el yo como uno de los elementos constitutivos. Aquello de lo que nos arrancaron, aquello de lo que nosotros mismos nos arrancamos continúa siendo parte integrante de lo que somos”.

Hombre de izquierda, intelectual, catedrático, confiesa sus contradicciones, la vergüenza que afloró a sus 56 años por haberse negado a sí mismo: ¿por qué nunca escribió sobre la dominación social y sí sobre otros mecanismos de sumisión? ¿Cómo superar ese odio visceral al mundo obrero en el que se crió y conciliarlo con su defensa y sentimiento de pertenencia intelectual al movimiento de los trabajadores?

En este análisis intenta explicar cómo en los últimos 40 años la extrema derecha francesa logró captar al antiguo electorado comunista y plantea en qué medida las características dominantes de los entornos obreros y populares blancos lo hicieron posible.

Su familia encarnaba un ejemplo modal de ese racismo habitual en los medios populares en la década del 60 y de su radicalización durante los años 70 y 80.

Ante la llegada de inmigrantes, narra cómo predominaban (y aún prevalecen) las pulsiones inmediatas, la xenofobia como opinión compartida y preconcebida, más que los intereses sopesados en común y las opiniones elaboradas.

La dominación social ejerce una doble violencia contra los migrantes, los homosexuales, los negros, las mujeres, los lumpenes, los parias de este mundo, todos extranjeros desterrados, injuriados.

Poner a dialogar la dominación social con las identidades individuales es uno de los nudos clave de este texto, cuya honestidad trasciende la coyuntura francesa, cruza el océano e interpela nuestras contradicciones. ■

Valeria España

Huir del pueblo para ser un poco más uno

Migrantes sexuales en Uruguay

TENER QUE HUIR de sus localidades de origen para evitar ser aplastado por el estigma de “el putito” o “la torta” del pueblo, convertirse en mito o leyenda o sacarse de encima el dedo de la vecina. Escapar de la golpiza, del insulto sistemático o de sus familias. Buscar una ciudad donde poder hacer una consulta al médico sin sufrir hostigamiento, donde además acceder a viviendas y empleo dignos, cuando es posible. Jóvenes con orientaciones sexuales diversas llegan a Montevideo para empezar de cero.

Estas cuestiones emergen de los relatos de 32 jóvenes de entre 20 y 29 años que se autoidentifican como lesbianas, gays, bisexuales, “msms” (sigla que significa “mujeres que tienen sexo con mujeres”) y “hshs” (“hombres que tienen sexo con hombres”). Todos entrevistados por Romina Martinelli para su tesis de grado “Migrantes sexuales: Éxodo en suelo uruguayo”.

La investigación fue realizada en el marco de la Licenciatura en Sociología de la Universidad de la República con el financiamiento de la Universidad Nacional de La Plata y el Instituto por la Igualdad y la Democracia. La migración sexual es una realidad de larga data, pero una novedad conceptual poco explorada. La búsqueda y el traslado a destinos menos hostiles con la diversidad sexual suele encubrirse tras motivaciones económicas,

académicas, familiares o de salud. Martinelli indaga cómo el cambio de escenario interior-Montevideo posibilita una “mayor laxitud” para negociar identidades “no heteroconformes”.

Sin estar exenta de violencia o discriminación, la capital ofrece elementos materiales y simbólicos que funcionan como “válvula de escape” de las tensiones impuestas por el statu quo heteronormativo, y a tener una vida mejor en relación con las experiencias de sus comunidades de origen.

Martinelli recorre las trayectorias identitarias de jóvenes que portan una sexualidad “disidente”, buscando desentrañar el impacto que tiene el traslado dentro del territorio uruguayo. Coloca el foco en las transformaciones de los “guiones sexuales” impuestos de estos sujetos que migran en busca de localidades con menores grados de lesbo, homo y bifobia.

Parte de la idea de que las identidades se basan en “definiciones mutuas” e introduce el concepto de “carreras morales” como producto de la interacción, devuelta en imágenes que hacen a la identidad de los sujetos, así como al conjunto de imágenes con que el individuo describe para sí a los demás. Las prácticas (guiones sexuales) demandan información, que es tomada de esas imágenes construidas de sí mismos y de los demás (carreras morales).

En el cambio de escenario interior-Montevideo las percepciones de sí, del entorno y de los otros se resignifican y reorientan en favor del desarrollo de las identidades sexuales.

El vacío simbólico (o referencial) en sus lugares de origen arrinconan en sus armarios a los jóvenes con orientación sexual diversa. Su deseo no existe, no se visualiza, no se nombra. Lo que les ocurre “no se habla” ni en sus casas ni en las currículas educativas. La constatación de Martinelli es que una vez en Montevideo descubren que no están solos, que hay otros como ellos. Sólo esa comprobación disminuye considerablemente la “tensión, angustia y soledad” del sujeto. En el suelo montevideano conocen nuevas personas y suelen aparecer “nodrizas lgb” o hadas madrinas que los conectan con nuevos escenarios: lugares de encuentro e intercambio específicos (marchas, boliches, ciclos de cine, seminarios, talleres) amigables con ellos.

Martinelli habla de un nuevo proceso de socialización secundaria. Se producen cambios en la manera de autoconcebirse, de valorarse, de relacionarse, de redefinir y renegociar significados, y por ende de vincularse. Estos elementos reflejan la transformación de sus carreras morales y habilitan nuevos guiones sexuales.

Los matices

Las personas que cuentan con el apoyo de su núcleo primario radicado en el interior evidencian procesos “más favorables” que aquellas que no están respaldadas. Hay quienes han podido gestionar su orientación sexual entre amigos y familiares, pero no en sus trabajos, donde más bien la ocultan. En la capital éste es el ámbito donde se acumulan las nuevas dificultades y tensiones para los jóvenes lgb (lesbianas, gays y bisexuales), msms y hshs.

En los relatos aparecen situaciones diarias de discriminación y temor al rechazo y la exclusión. Lo que sucede en el ámbito laboral se vuelve clave porque la pérdida de un puesto de trabajo puede suponer tener que regresar al interior y allí se pone en juego no sólo un salario, sino todo un proceso personal. Por otra parte, quienes sí han salido del armario en sus trabajos comprueban que pueden construir relaciones más “auténticas y saludables” a la vez que conviven con un menor grado de tensión y tienen mayor autoconfianza para desempeñarse en diversas tareas.

Los jóvenes que vuelven con mayor frecuencia al interior son, una vez más, los que han transitado procesos positivos de salida del armario con sus familias. No obstante, incluso éstos realizan “modificaciones temporales” relacionadas a su

identidad sexual. De alguna manera, vuelven al clóset en su territorio de origen: “omiten” su orientación sexual fuera de su familia -para no exponerlos o “faltarles el respeto”-, no viajan con sus parejas, no hablan de su vida afectiva o caminan y se visten diferente.

Martinelli también arroja luz acerca de cómo las construcciones sociales en torno al género posicionan diferente a varones y mujeres al momento de negociar sus identidades. Si bien ambos desafían la normatividad al generar vínculos sexuales y afectivos con personas de su mismo género, entiende que la peor parte la llevan las mujeres lesbianas, bisexuales y msms. Contrariamente, la mayoría de los entrevistados tiene la percepción de que es más difícil para los varones tramitar su “disidencia” sexual, porque quedan más expuestos y porque la invisibilidad les otorga a las mujeres “disidentes” una zona de confort y refugio. Para la investigadora, estas mujeres, que dejan de estar disponibles para el deseo heterosexual y para la reproducción, parten de un orden sociosexual de menor privilegio, mientras que los varones históricamente han tenido amplios permisos para disfrutar a sus anchas de su sexualidad. ■

Lourdes Rodríguez

*Texto disponible en <http://ipidar.org/sexualidades>.

Migrantes politizados y Evo non sancto

Con Alfonso Hinojosa, experto en migraciones bolivianas

HINOJOSA ES BOLIVIANO. Nos vemos en el marco de una de las mesas de la Reunión de Antropología del Mercosur. Cuando llego es imposible confundirlo: lleva puesto un elegantísimo sombrero criollo de ala boliviano y está haciendo uso de la palabra, esa palabra pausada, reflexiva, "lenta" para una rioplatense.

Alfonso participó en los inicios de los gobiernos de Evo Morales colaborando con la política de migraciones y refugiados desde el Ejecutivo, pero no quería ser cónsul, no quería irse de Bolivia, no quería "ser un notario que asume las características de un rey chiquito". Quería revisar radicalmente la política migratoria del país. No pudo. Dejó su lugar en el gobierno y se vio obligado a recluirse en la universidad, sin voz pero con voto.

-¿Cuáles son las principales características de la política migratoria boliviana?

-Al inicio del gobierno de Evo Morales la lógica de derechos humanos era aplicada a las políticas públicas y a las políticas migratorias en Bolivia, pero en algún momento eso cambió. Esto no quiere decir que la línea que viene del Ministerio de Gobierno sea conscientemente represiva, sino que existe una mirada utilitarista de los migrantes.

El Estado depende de la contribución de los ingresos que éstos realizan por diferentes motivos. Éste es un ingreso significativo que es invertido en acciones punitivas. Con lo que recaudan de migraciones compran autos para la Policía, y esto llevó a que la institucionalidad viera a las personas migrantes como contribuyentes, nada más.

-¿Cuál es la magnitud de la migración boliviana?

-La migración boliviana es histórica, estructural, y responde a lógicas ancestrales de movilidad poblacional que han justificado sociedades y escenarios en los Andes desde tiempos prehispánicos. Las grandes sociedades afincadas en los Andes, como es el caso de Bolivia, Tihuanaku o el Imperio Incaico, han tenido un soporte principal, el de la movilidad poblacional que precede a La Colonia. La movilidad interna ha sido siempre un factor determinante de la organización social, ya que el movimiento en busca de cambio de suelos (la rotación entre los tres pisos ecológicos existentes en Bolivia: el altiplano, valle y llano) ha sido una constante. Estaba presente antes y está presente ahora.

Si bien no hay datos estadísticos fiables, la migración boliviana es muy fuerte. En el Censo 2012, por primera vez se incluye una pregunta sobre migración internacional, pero sólo se toman los últimos diez años. El resultado es que medio millón de personas ha migrado al exterior en la última década. Eso da una idea, pero no la magnitud total. Es un comportamiento similar a los índices de las sociedades centroamericanas.

-En 2013 se aprobó una nueva ley de migraciones, ¿qué perfil tiene?

-Hasta Evo Morales la cuestión migratoria había estado invisibilizada.



Alfonso Hinojosa

"Esta nueva elite económica es étnica, aymara (en menor medida quechua), es La Paz y es El Alto, son comerciantes, y se desarrolla de la mano del comercio y la inmigración china [...], una lógica del capital expresada al interior de las lógicas indígenas".

Recién en 2013 surge la primera ley de migración. Todas las normas jurídicas, básicamente decretos supremos, hablaban de inmigración (atraer inmigración extranjera: blanca, caucásica, con recursos) para generar polos de desarrollo.

En 2013 se aprueba la ley que introduce aspectos de derechos humanos, considera a los bolivianos en el exterior, pero sigue siendo fuertemente securitista y de control fronterizo, dependiente del Ministerio de Gobierno y por tanto de la Policía, y no de los ministerios de trabajo o seguridad social como debería ser desde un enfoque de derechos humanos.

La nueva ley es producto también de un proceso de politización de la colectividad boliviana en el exterior, especialmente la residente en Argentina, que en 2003 sale masivamente a las calles de Buenos Aires a expresarse sobre la Guerra del Gas y a manifestar su apoyo a la nacionalización de los hidrocarburos. La agenda se concreta y saliendo de este reclamo los residentes bolivianos en el exterior se encuentran organizados y luego de haberse sumado a esa causa nacional comienzan a buscar la demanda propia: voto en el exterior.

En 2004 la Federación de Bolivianos en el Exterior le entabla una demanda al Estado boliviano. No es Evo Morales quien decide otorgar el voto en el exterior, es una conquista de los emigrados luego de huelgas de hambre y presiones de diverso tipo. Es la Corte Suprema de Justicia en 2005 que resuelve el tema fallando a favor de la solicitud. La Corte Federal Electoral asume el fallo, pero afirma que no tiene ninguna posibilidad de implementarlo para esas elecciones [diciembre de 2006]; se implementa

por primera vez para las elecciones de 2009. La participación fue muy alta. Los niveles de organización de las personas migrantes bolivianas es muy alta.

-¿Cuál es la modalidad de voto escogida por Bolivia y cómo resultó su implementación?

-Más allá de la forma del voto, creo que importan las reivindicaciones que estaban detrás de ese derecho. El voto por Evo Morales en Brasil fue el más alto, alcanzó 92%, en Argentina casi 90%, en España 50%. Hay una reivindicación de un ser boliviano ligado a lo étnico. Tanto en San Pablo como en Buenos Aires, las características de la emigración son de sectores populares, étnicos, más que en España o Estados Unidos.

Actualmente seguimos teniendo una fuerte emigración a Argentina (60% de los bolivianos fuera del país), la mayoría en el Gran Buenos Aires. Existe una consolidada organización de las segundas y terceras generaciones con propuestas innovadoras por parte de los jóvenes. Estas organizaciones hoy en día están negociando la representación parlamentaria en el exterior a cambio de su voto para la modificación parlamentaria que permita la reelección.

También sigue creciendo el flujo hacia Chile y menos hacia Brasil por la crisis institucional que está atravesando ese país. Pese a que Bolivia ha repuntado en crecimiento económico desde 2006, todavía no ofrece posibilidades reales de retorno. Como dice un amigo: "Seguimos mal, ¡pero nunca hemos estado mejor!".

Los datos del Instituto Nacional de Estadística de España hablaban de 243.000 bolivianos antes de la crisis de

2008 y los datos de 2013 dan cuenta de 210.000 personas.

-¿A qué te referís cuando hablás de "sectores étnicos"?

-Las diversas investigaciones sobre dinámicas migratorias en Bolivia casi nunca hacen referencia al origen étnico de los migrantes. La mayoría de ellos proviene de sectores económicos populares provenientes de áreas rurales o periurbanas de extracto étnico, ya sean aymaras, o quechuas mayormente.

-En tu exposición hablaste de transformaciones muy fuertes ocurridas en Bolivia en este último tiempo, como el surgimiento de una "nueva elite económica étnica aymara", ¿qué características tiene y qué relación entabla con el fenómeno migratorio?

-Estas transformaciones no tienen que ver con las transformaciones del gobierno y del Estado. No tienen que ver con Evo Morales. Esta nueva elite económica es étnica, aymara (en menor medida quechua), es La Paz y es El Alto, son comerciantes, y se desarrolla de la mano del comercio y la inmigración china. La envergadura de estas transacciones es tal y su influencia cultural tan importante que hasta tienen estética propia: edificios en El Alto, los llamados cholets, que es un nombre despectivo que refiere a los chalets, a los nuevos edificios construidos como salones de fiestas, donde la presencia étnica es muy fuerte, donde sigue existiendo la figura del preste, pero producto de una nueva realidad.

En estas expresiones ves la dimensión de esta elite económica, pero también la lógica del capital expresada al interior de las lógicas

indígenas, lo que decide la diferenciación social. Antes, el preste estaba pensado para igualar las diferencias. Ahora, el que tiene recursos es preste y está comprometido a pagar las fiestas patronales como una forma de redistribución social, pero esto será recuperado por quien lo invierte.

-¿Qué son las lógicas étnicas y cuál es su relación con las prácticas capitalistas?

-A partir de esta asociación explicamos el reforzamiento del capitalismo. Entre las lógicas étnicas a partir de las cuales estos sectores populares van sobresaliendo, ya sea mediante el comercio o la migración, están el manejo y control territorial, pero también las extensas redes de parentesco que hacen posible este manejo espacial.

-¿Cuáles son las características de la economía popular migrante y qué la diferencia de la nueva economía transnacional del Altiplano paceño-China?

-El concepto de economía popular migrante surge de los propios trabajadores de talleres textiles bolivianos emigrados, viviendo en Buenos Aires y también en San Pablo. Ellos plantean discutir qué sucede dentro de los talleres textiles y cuáles son los efectos de la economía denominada informal por el Estado. Interpelan estas clasificaciones de la nomenclatura imperante: economía formal/no formal, que descalifica otras formas de intercambio.

-Te negás a hablar de trabajo esclavo en los talleres textiles que emplean personas bolivianas en Buenos Aires y San Pablo, ¿por qué?

-En el trabajo esclavo no se puede hablar de movilidad social y lo que demuestra la empírea es que sí existe la movilidad social de bolivianos, tanto en Buenos Aires como en San Pablo. De hecho, existe una nueva clase media de bolivianos en Argentina. Muchos de los trabajadores explotados en los talleres con el transcurso de los años se convierten en los dueños.

-¿Cuál debería ser el rol del Estado en los procesos migratorios?

-Hoy en día la mirada del Estado sobre los migrantes bolivianos es absolutamente funcional: el voto y la generación de recursos económicos, que pague trámites. Para los migrantes, la función del Estado boliviano debería ser el reconocimiento y el apoyo a su trabajo y trayectorias. En el caso de los comerciantes, que no interfiera, que no se meta con ellos: ¡cuanto menos Estado, mejor! Para estos sectores que se han formado de espaldas al Estado, el Estado significa únicamente problemas. ■

Patricia P Gainza

Excéntrica y alternativa

Literatura afro en Uruguay: fuera del sistema

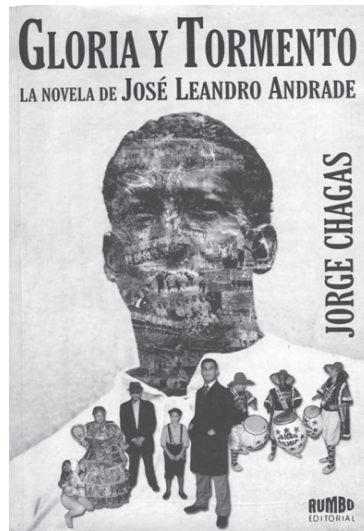
LA LITERATURA escrita por los afrodescendientes en Uruguay es un objeto de estudio absolutamente indiferente para la crítica cultural. Al contrario de lo que sucede con críticos estadounidenses, por ejemplo, es una literatura que se escribe a espaldas del *mainstream* y que está presente, sin embargo, desde 1830 en el país. Se trata de una literatura alternativa porque siempre circuló en la prensa y las revistas de organizaciones de afrodescendientes, con un público acotado y lejos de los ámbitos de legitimación del campo literario así como de la industria editorial.

Tampoco los nuevos medios digitales presentan una gran variedad, excepto el blog del poeta Miguel Ángel Duarte López y de la Red de Escritores/as y Creadores Afrodescendientes, gestionada por Graciela Leguizamón. Ella afirmaba en 2008 que no había textos de escritores afro en las antologías de poesía, "salvo en libros cooperativos editados por grupos como Asociación de Escritores del Interior, ERATO, Botella al Mar, Grupo aBrace de ediciones Bianchi". Todas editoriales con escasa o nula visibilidad en los medios de comunicación hegemónicos.

Tal vez el ejemplo más claro es el de Jorge Chagas, quien ha publicado libros de periodismo de investigación (con Gustavo Trullén) y una considerable obra de ficción, con algún éxito en ventas y reediciones. Chagas desarrolla su actividad con la editorial Rumbo (que no integra la Cámara Uruguaya del Libro), en los talleres literarios de Lauro Marauda y con el grupo que impulsa la Casa de Escritores. Esto indica que no circula por el centro del campo literario, conformado por grandes editoriales (multinacionales y nacionales), los medios de comunicación y los especialistas en literatura.

Chagas no es un escritor marginal o sin lectores, su obra circula y es leída por mucha gente.

Hay tres dimensiones, entrelazadas, que influyen en la invisibilización de esta literatura, señaladas oportunamente por autores como Ildelfonso Pereda Valdés o Alberto Britos Serrat: la influencia de la situación socioeconómica, el autodidactismo y la falta de estímulo estatal a su producción. Según Pereda Valdés en su "Desarrollo intelectual del negro uruguayo", en el capítulo del libro *El negro uruguayo* (1965), la literatura de los afrodescendientes se divide entre un siglo XIX en el que los escritores "debían expresarse en un estilo blanco por precaución y discreta reserva impulsados por un complejo de inferioridad que no les permitía erguirse rebeldes y apenas sí solitarios"; y un siglo XX en el que "se puede encontrar el gesto de rebeldía de una raza". Por su parte, Britos, en su *Antología de poetas negros uruguayos* (1990), plantea una división similar. En su selección se distinguen dos tramas de significación: el legado africano y la denuncia social.

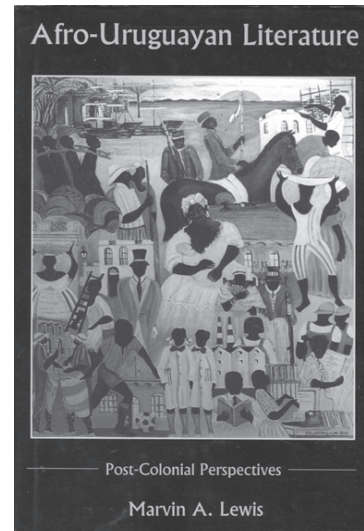


Memoria y resistencia en la poesía

En la poesía de los escritores afro aparece una tendencia de reconexión con los antepasados que se basa en crear un simulacro del habla de los esclavizados. El primer antecedente de este tipo de discursos en Uruguay es el "Canto patriótico a la ley de vientres de 1830", del poeta Acuña de Figueroa, quien ocupó un lugar central en el canon poético nacional. El poema de Acuña inauguró una forma de hacer poesía para los propios afrodescendientes. Un ejemplo en esa línea es Juan Julio Arrascaeta (1899-1988), cuyo poema "El tambo" sirve de ejemplo. En el texto intercala un español estándar con expresiones del "habla" de los esclavizados: "Entre la maraña / de la selva tropical / el hombre malo / me arrancó / Tu son llora mi tristeza / Son congo también, bo / Son congo también, bo / Son congo también, bo / Son congo también, bo". En "Testimonio negro" el poeta radicaliza el procedimiento y escribe su texto enteramente en esa lengua. Existe también una literatura de reconexión con África que ahonda en un sentido más político e incluye a la diáspora africana en todas las Américas. Los poemas de Manuel Villa a Nelson Mandela y Angela Davis, o los textos de Carlos Cardozo, apuntan en esa dirección.

Otra línea en la poesía de los afrodescendientes es la denuncia del racismo, la discriminación y la pobreza. En este enfoque aparece a veces cierta representación del negro como víctima. Pero hay también una veta de denuncia social combinada con formas de vanguardia, como la prosa poética de Manuel Villa y Cristina Rodríguez Cabral, la mujer que tal vez sea el exponente más importante de la poesía escrita por afrodescendientes uruguayos. Pero Rodríguez produce y publica en Estados Unidos, por lo que es una de las pocas autoras afrodescendientes vivas a las que se dedican estudios académicos.

La poesía de Rodríguez Cabral, poco conocida en nuestro medio, muy analizada fuera del país, combina la memoria de los ancestros, las reivindicaciones del colectivo afro y una perspectiva de género. De hecho, una importante antología de su obra publicada en Santo



Domingo en 2004 se titula *Memoria y resistencia*. Con esas dos palabras, Rodríguez Cabral engloba el sentido de una poesía que, a veces de un modo descarnado, sin muchas metáforas, da cuenta de la experiencia de ser mujer negra y pobre, que habla también de una necesidad por recordar y reafirmar los valores heredados tanto de su familia como de África. En el poema "Candombe de resistencia", Rodríguez Cabral se centra en este pasado familiar: "Mi abuela fue lavandera / y mi abuelo historiador. / Mi abuelo hablaba del racismo / y del deber ser de cada Negro / de mostrar, siempre de sí mismo, / lo mejor, / de dignificar su procedencia ancestral / de enorgullecerse de su acervo cultural". Sobre ese legado familiar y comunitario, Rodríguez Cabral construye su poesía como afirmación de lo afro y como resistencia al racismo.

Narrar lo afro

Jorge Chagas se destaca por varias razones. Es un novelista y en tal sentido se desvía de la poesía, género en el que algunos autores afrodescendientes se destacaron, y del teatro, menos visitado, pero que cuenta con la figura activa de Jorge Emilio Cardoso (1938). Desde su primera aparición en 2001 con la nouvelle *La soledad del General*, Chagas está produciendo una literatura que saltó algunas barreras del mercado editorial y sus textos alcanzaron en alguna ocasión las dos o tres ediciones. Y también en los reconocimientos, ya que tres textos suyos fueron premiados en los Premios Anuales de Literatura del Ministerio de Educación y Cultura: *Gloria y tormento* (2003), *La sombra* (2011) y este año una novela inédita sobre Latorre. Su literatura no aborda los temas manejados tradicionalmente por la poesía.

A su vez, sus búsquedas estéticas no están tan alejadas del gusto hegemónico contemporáneo. En concreto, las ficciones de Chagas están asociadas al fenómeno denominado "nueva novela histórica", que la crítica literaria local ha asociado al contexto de la posdictadura y ha definido como reescrituras de la historia. En muchos casos estas novelas construyen ficción a partir de lagunas en la historia o por medio de personajes marginales que habilitan la parodia, la distancia iró-

nica o la crítica de grandes hechos o de personajes. El camino elegido por Jorge Chagas es el del "uso de la historia", y no necesariamente la reconstrucción histórica, lo que le permitió introducir muchos elementos ficcionales y también desafiar el relato nacional por medio del abordaje de personajes históricos afrodescendientes.

A excepción de la novela *Agua roja* (2008), en la que asume el punto de vista de un miembro de los escuadrones de la muerte durante la dictadura cívico militar (1973-1985), Chagas ha tocado temas o personajes asociados a la comunidad afro. En *La soledad del General* (2001) decidió mostrar un héroe nacional como Artigas desde un punto de vista humano, lejos del bronce de la estatua y de las leyendas nacionales. En esa novela aparece como personaje secundario Ansina, un afrodescendiente que acompañó a Artigas en el exilio. Es esa figura negra, entre histórica y mítica, la que protagoniza la novela *La sombra* (2014), en la que Chagas no solamente desacraliza la historia sino que desplaza a Ansina del lugar de sumisión en el que el Estado lo colocó históricamente, y así lo reivindica como héroe y ejemplo para la comunidad negra.

La primera vez que me entrevisté con el escritor, en julio de 2012, fue para saber sobre el proceso creativo de *La soledad del General*. Chagas aceptó la invitación, pero me adelantó por correo electrónico que "la obra donde trato en profundidad el tema de los afrodescendientes es *Gloria y tormento*. *La novela de José Leandro Andrade* (2003)". Y era cierto. En esa novela Chagas eligió narrar una historia polémica. El famoso jugador de fútbol, campeón olímpico y mundial, en el punto más alto de su carrera, fue invitado por la comunidad afro montevideana para un banquete en su honor y no se presentó. Una versión de *Gloria y tormento* llegó al Carnaval oficial con la comparsa Yambo Kenia en 2007. Los ecos del desplante de Andrade están todavía presentes en las letras que Yambo Kenia le dedicó en aquel Carnaval.

Coda: Racismo y literatura

En la literatura, como en otros aspectos de sus vidas, los afrodescendientes tienen problemas graves. Las excepciones de Chagas o Rodríguez Cabral no impiden ver el bosque. El Censo Nacional 2011 muestra brechas importantes entre blancos y afrodescendientes en el acceso a la educación, la vivienda o el trabajo. No hay Censo Nacional que ponga en evidencia la invisibilidad de los escritores y escritoras afro en la cultura hegemónica uruguayo, ni la indiferencia de la crítica ante su producción.

A pesar de eso, los artistas persisten, escriben, publican, e incluso son reconocidos, ante el silencio apabullante de la crítica. Si eso no es racismo institucional, ¿qué es? ■

Alejandro Gortázar

«FICCIONES PROPIAS»

Sonrisa rota

EL GOLPE

Trabaja metido en su cubo, la espalda erguida cierra su espacio como una cuarta pared. Apenas se lo escucha hablar con los clientes, monótono, tajante, frío, experto en diligencia, pocas veces expresa simpatía y enfatiza notas altas contenidas. Sin dejos de emoción, la llamada dura un tiempo establecido. No se altera cuando debe cortar ante los insultos de algún cliente estafado y tipea imperturbable y sin ruido el reporte de la llamada y, si lo marca el reglamento, el reclamo correspondiente.

Alguien lo mira desde lejos lucir indiferente su belleza. No es porque dentro de unas horas sea su cumpleaños que hoy está arreglado, o indiferente. Hay algo de eso en todos sus días, una distancia que lo vuelve un poco más hermoso. La cintura estrecha se abre a unos hombros firmes, del

cuello amplio de la camisa de cuadros sube la nuca blanca y tensa coronada por perfectos rizos negros y brillantes. Hoy es domingo y hay menos llamadas, entonces sus manos de dedos largos juegan cada tanto con sus rizos. En una de sus pausas programadas prende un cigarrillo mirando la avenida desde la terraza del quinto piso de la torre. Encima de las luces bajas de la calle intransitada, columnas de ventanas se prenden y se apagan mientras pasan los minutos y él espera.

Se acuerda de su amiga con la que fumaba antes de ser despedida. "Ayer te vi", lo acusó cuando recién se conocían. Él la miró fijo con ojos amarillos grandes y redondos. "¿Sí?", respondió y guardó un silencio expectante. "Sí. Ibas por la avenida casi corriendo como una gacela". Se rieron. Siempre que le hacen un chiste sonrío.

Es la hora de la cena y el tuboluz resuena en la cocina desde los techos bajos. Bruno engulle

un plato suculento de strogonoff que encargó desde el teléfono. Su comida favorita. En la pared de enfrente, lejos de la mesa, el televisor relumbra en *mute*. Alguna vez su amiga cenó con él, entonces ella le preguntó sobre su vida. Una vez, por ejemplo, le preguntó: "¿Cuándo es tu cumpleaños?"

"En invierno, en la mitad exacta del año", respondió él, breve, mientras miraba el trozo de carne pinchado en el tenedor que estaba a punto de llevarse a la boca. En el último tercio de la jornada las llamadas disminuyen su frecuencia. Las dos compañeras de turno charlan a unos metros en voz baja.

Bruno bebe café en una taza larga y delgada. Envuelve la taza entre sus manos a la altura de su pecho y observa su reflejo en el interior negro y humeante. No le gustan los festejos con mucha gente alrededor. Faltan cinco minutos para irse, ya es de madrugada. De una fina cartera de cuero

tachonado negro saca un frasco transparente con el que se rocía el pecho y el cuello.

"¿Con quién te vas a encontrar hoy?", largan al aire las compañeras cuando lo huelen perfumado. "Con mi cama", responde antes de irse. Todas se ríen y él acompaña.

Ahora, después de trabajar, en un hotel de la avenida, cerca de la terminal, Bruno es arrojado sobre una cama por un hombre que lo somete con firmeza mientras murmura palabras de deseo. Una celebración perfecta.

En la habitación llena de espejos que no miran, el hombre lame y besa su piel lampiña, estruja sus estrechas caderas, se ruborizan las mejillas, aprieta contra las sábanas la nuca perfumada de piel blanca y suave. Bruno se llena de placer, cada vez más fuerte, más tierno, hasta que se sale. Empuja al tipo hasta dejarlo boca arriba y se le sube encima y cae sobre él y le pega con las palmas en-

cendidas mientras vuelve a caer, mirando los ojos chispeantes del otro, que se hincha, ese hombre que aguanta el chasquido hasta que, desatado, toma a Bruno del cabello por la nuca, lanza su revés con el dorso de la mano, le agita los rizos de la frente y le parte un labio hasta la sangre.

Al otro día, en la mitad del año, a la hora del cigarrillo, una compañera lo invitó a fumar, pero él dijo que no. Ella, luego de examinarlo acusadamente y preocupada, le preguntó: "¿Quién te partió el labio?". Él respondió, sin terminar la frase: "El frío..."; y la miró fijamente con sus ojos amarillos grandes y redondos. Ella respondió: "Qué invierno duro". Él sonrió, como siempre que le hacen un chiste, aunque esta vez se aguantó el dolor, y agregó: "Siempre me pasa en mi cumpleaños", y volviendo a dar la espalda se sumergió en su cubo. ■

Carlos Pérez

Esa mujer

SOBRE MÍ MISMA

I. Vos entendés el amor como propiedad, dice y llora, repite y llora, no logra explicar más. Llevo puesto un sosiego que me asusta. No estoy tan sólo parada sobre mis pies, también reconozco la densidad del aire, sé que la tierra ensucia, el agua moja, estoy aquí. En cinco días se me instaló una existencia que no sabe de nada más que de sí misma. Miro el cuerpo del hombre con el que viví nueve años buscando al hombre con el que viví nueve años. Pienso que esa idea no es suya, se la enseñó otra mujer. Sólo una mujer puede ver a otra y darle en la llaga en un solo pensamiento. El amor como propiedad. Hay que saber amar sin poseer. Andá a cagar, digo en voz alta y me disculpo. No quería insultarlo, balbuceo y el malentendido me hace reír. Él se ofusca con el gesto, y le digo que lo tomo en serio, sí, pero que

no me venga ahora con trabajo asalariado y capital.

Lo único que hace es llorar y repetir sus dos máximas que se corresponden con mis culpas: el amor como propiedad y el orden correcto de las cosas.

De repente me descubro significando la mujer más estricta y ordenada, incapaz de amigarse con lo incomprensible. La mujer cárcel. La mujer dogma. La mujer insensible. Pienso cosas insanas. Me da asco verlo llorar. Ese llanto es el apuro que tiene por que yo desaparezca. Va a seguir como un casete, repitiendo ideas elaboradas en sesiones de terapia, o en conversaciones con la mujer deseo, la mujer sexo, de la que nunca va a asumir la existencia. Sólo sé que estoy avergonzada por ser la mujer con la que un hombre llora y se excusa, como se hace en la amistad o con la propia madre.

A su regreso del viaje habíamos tenido relaciones. Él nunca tuvo el sexo tan blando durante la

penetración como esa noche. Yo lo atribuía al cansancio y hasta me parecía noble. El hombre siempre dispuesto es un hombre entrenado, y un hombre entrenado es sólo un simulacro del que no se puede amar más que la prenda que elige exhibir. Me gustaba que él supiera ser también un hombre de sexo blando (pequeños romanticismos en los que caigo a veces). Ahora esa blandura ya no me conmovía. Esa blandura era la obligación del sexo, traición suficiente para arrebatarle el cuerpo.

Todo sucedió de una forma poco estridente. Apenas hubo un intercambio de preguntas, una especial acompañada de un menú múltiple opción, donde ganó la opción que significaba irme. Esto fue suficiente para verle la cara a la distancia.

Ahora estábamos con las pertenencias ordenadas en cajas, intentando repartir culpas, cada cual eligiendo de la valija el consuelo que lo deje más entero para

el pedazo de vida que le queda. Nuestros rostros, como espejos después de la ducha, atestiguan los ronquidos detrás de la ventana. El camión de la basura para en medio de la calle. Un hombre desciende. Recoge las bolsas que depositó para que se llevara. Carga las bolsas fatigado. Coloca una y luego otra sobre el borde. Veo la prensa tragarse mis bolsas. Ahí van las fotos, varios papeles y unas pilas con herrumbre rescatadas del fondo del baúl que me toca, a cambio de que siga mirando tele en el mismo sillón.

El camión de la mudanza se acomoda en la boca del portón. Un hombre desciende. Recoge las cajas. Carga las cajas fatigado. Las coloca una a una sobre el borde. Veo el camión colmarse de cajas. Ahí va la ropa, todos mis libros y el cuadro que colgaba camino al dormitorio. Nuestra única pertenencia indivisible es ese recuadro blanco y pulcro de pared donde una araña quedó al descubierto.

II. Yo soy esa mujer que quiere nadar sin mojarse y entonces se convierte en la mejor pulidora de granos de arena. Hace cosas inútiles. Pero las hace bien.

Yo soy esa mujer de la medianía, donde nada es demasiado grave ni tampoco demasiado bueno.

Yo soy esa mujer que echa el guante y abandona el ring. Todas las mujeres tienen algo que ella no tiene y lo lamenta. Todas las mujeres tienen algo que ella tiene y desprecia.

Yo soy esa mujer que de todas las hembras del mundo elegiría ser un bicho palo para tragarse al macho después de la cópula. Quiere dar amor y muerte de igual manera: lenta y fervorosamente.

Yo soy esa mujer que no sabe irse y convence a los demás de abandonarla.

Yo soy esa mujer que necesita inventar otra mujer para nombrarse. ■

Paola Carretto

Ahumado en mi cama

ESE HOMBRE

Ni siquiera conservaba aquel espíritu crítico de otros tiempos, ése que tanto ostentaba y que lo hacía pasar por estridente, incomodando a todos ni bien entraba por la puerta de cualquier sitio.

No estaba muerto, pero estaba menos vivo que nunca.

Repaso las noches que pasé con él y en las que nunca fue mío, siempre él tan más allá y yo tan más acá. Digo mío, imposible que lo fuese nunca, completamente consciente de que un hasta luego podría ser un hola o un adiós para siempre.

Pero ahí estaba una vez más -quizá la última-, tirado en mi cama, boca arriba, desnudo, des-

viando la mirada fija en el techo sólo para encender un cigarrillo con el cadáver del anterior, como si la angustia pudiera ahumarse; con la culpa atándole las manos, impidiéndole cualquier gesto de ternura hacia mí.

Mientras tanto, yo apoyaba mi cabeza en su pecho, que bailaba al ritmo de su respiración al tiempo que pensaba en la persona ilusa en

la que me estaba convirtiendo, reparando absurdamente en detalles, como si algo de eso pudiese realmente importar, hacer la diferencia. Lo mismo le daba estar recostado en mi cama que sobre un montón de mierda. Igual me iba a coger con esa fuerza animal que tanto me hacía oscilar entre la liberación y la duda, entre la duda y el miedo, a la vez que iba perdiendo el sentido y lo

deseaba un poco más, sorprendida de que eso fuese aún posible.

Otro día: la vida en primera persona del singular, otra vez. Tomo el café como si nada hubiese sucedido, me subo al ómnibus como si nada hubiese sucedido; voy, vuelvo a comenzar, a dudar de que algo haya sucedido. ■

María Moreira

El deseo de Marilín

¿PUTA?

Los vientos huyen cuando ella sale. Se acordona y espera, a la moto furiosa, o al auto y el viejo, que la lleven hasta el centro. En derredor de ella no hay brisa. Ni la moto sopla. Los ventuscos se apagan. ¿Por qué a su andar, a su prisa? La búsqueda ebria de complacencias y beneficios. Lo que se busca, se tiene. Así se lo refriega Pancha, con la jeta desdentada, puro agujero las palabras.

Ella busca ir allá, como fue-re. Pero no a pie. No merece sus descalceses, punzar la piedra. Hincharse latiendo. Si ella puede resolver esa distancia, ese viento, en la inmóvil posición de ser llevada. Dócilmente, sierva idiota, esclava que muestra los dientes antes de que le abran la boca. Así, guapeando, apurando el empujón, es más leve. Más fácil todo. Si la quieren, la tienen. Mejor no ser lastimada. Si sólo es un cuerpo sobre el otro. Si es un pene rojo en un tubo de silencio.

Casi no se halla, más que en el espejo de los cuartuchos olvidados. Porque rápida o sentenciosamente, al llegar a la zona de los bares y los encuentros, ella espera rozar la comodidad. De no pensar en tener que conseguir para comer. Igual, no come. Pero está Pancha. Y los hermanos, redondos de barriga y ojos de pagamento.

Dulzón, el rumor de las barracas desaloja al sueño. Entonces, ella vigila. Y memora. No la noche pasada, sino el aventón, el futuro. Lo que vendrá. El cuidado

y la estética. La pintada de uñas, mirando una playa.

Las fotos de la Monroe se agolpan salvajes en su cabeza de fuego. Embebida en sueños, sólo piensa en cuartos blancos, con blandas camas. Paredes acolchadas, luces. ¡Si parece un manicomio!

Ya, Marilín es su locura. Su privada ternura. El ejemplo y la fiesta. Su ilusión más lejana. ¿Y si no puede ser como ella? Al menos un ricacho, que le asegure buena suerte y descanso.

Un buen polvo se lo echa en la escollera, con los pardos de la estiba. Va y se emborracha de cuerpos, de vergas duras que la sacian y estaquean. Exánime se desplaza, sin pausa y sin brisa por los hombres, por su esperma. Despierta en cualquier cama, se va descalza, para no pisar lo vivido con un tacón de la mañana. Cuanto más leve su paso, más roncan los cuerpos revueltos. El disfrute, pegado en el cuerpo como un sello. Y las palabras de amor o apuro, que le llenan el alma por sentirse tan linda. Cada uno busca donde le dan. Amor le pueden dar en la locura apretada de los muelles y la fricción desbocada.

Qué bien se puede gritar, el mar se traga el orgasmo; la orgía de miedos acostumbrados a aullar, ahí, en el sudor del otro. Pero de uno, no. De todos. De los que la quieren. A ella sólo la hieren los látigos y las marcas de viruela. No le impresionan ni el olor a patas ni una risa podrida. Todo es bonito cuando hay amor. Aunque sea una gota, casi reseca, de caricia. Un tibio relicario de soeces palabritas dedicadas.

Los ruidos de cadenas del muelle son el viento que se arranca cuando ella pasa, y se va. Entonces, sopla, vuelve el viento. No teme que ella regrese esa noche. Porque la búsqueda es hacia el centro. A la desmemoriada quietud del cemento. De las vitrinas y los autos enormes y amarillos. De su posibilidad de belleza, para alguno que quiera tenerla. Y quedarse con ella. Ofrendarle el abrigo y la sopa. Una colcha de crudo. Una ventana quieta, despabilada, entera, por donde mirar agua. No agitarse. La paz. O la muerte. Pero igual la paz. Sólo quedarse ahí, sin tener que pensar cómo comer, cómo abrigar. Ser enteramente envuelta. Acogida, calentita.

Si ofrecer casa y alimento a alguien, que acepta y no habla, chupa pero no muere, abre pero no cierra. Si ofrecer es una obra de bien, si es caridad. Más para alguien que tiene un plus de lo necesario para sí.

Tal vez sus 17 años conmuevan, en el centro, a algún desprevenido necesitado, de impactar y ofrecer. Algo conveniente, seguro. ¿Por qué no? Se repasa los labios, la lengua jugosa de verdades simples, el encanto de la cuerda colgada como columpio en la rama débil, las ganas de caer en un montón de hojas secas y mullidas. Para agotarse. Y asistir al sabor de la vida. Contemplar la belleza, sin apagarse. En derredor de sí no hay brisa, entonces no hay peligro.

La preserva el viento, en su distancia. ■

Carmen De los Santos

YO NO SOY

Letonia

Pasarnos el mate era un duelo de esgrima que los dos jugábamos a perder. Empezamos por ser un segundo más lentos de lo necesario, haciendo fintas con los dedos sin intención de ganar, simplemente ejercitando el tacto. Llegamos incluso a desarrollar lo que los esgrimistas llaman *sentiment du fer*, el sentir del hierro. Verdaderamente fuimos expertos intérpretes de un código propio transmitido a través del roce de poros, huellas dactilares y surcos divisorios de falanges. El público no nos intimidaba, era sólo una motivación extra para explorar los límites de aquella gimnasia prohibida. Cada décima de segundo más allá del umbral de lo razonable desataba un torrente de adrenalina. ¿En qué momento dejarían de ver sólo la imagen de dos amigos que se pasan el mate?

Delante de sus miradas extraviadas y rostros catatónicos transcurrían duelos que duraban lo que un litro de agua caliente. Abusando de su ceguera, fuimos ampliando el espectro de objetos, prestidigitando caricias en latitas de coca-cola, celulares, lapiceras, billetes, cigarrillos, cuadrados de chocolate.

Todos estábamos dislocados de nuestras atmósferas, del olor a pan con grasa, o del de las baldosas de nueve panes de las veredas cuando apenas llovizna esos días veraniegos de humedad opresora. Todas las anclas levadas en nuestros barcos, y apenas un tímido faro en el contacto entre el grupo.

Nosotros mismos éramos el último bastión de familiaridad con nuestra personalidad de siempre, la válvula de ajuste

que garantizaba el precario equilibrio con el que nos enfrentábamos a los embates de aquella creciente sensación de extrañeza y ajenidad, a aquel bombardeo permanente de novedades, borrachos de libertad e impunidad en proporciones indeterminadas. Todo arrasado, todo aquel lastre de bizcochos y veredas echado por la borda, la última soga seccionada limpia por ese filo que sólo las palabras prohibidas pueden tener. Nunca me había asustado tanto una mujer.

Adiós al cansancio de resistir la extrañeza del cambio permanente; el mundo pudo al fin ser simplemente una escenografía volátil y maravillosa que realizaba ese constante duelo de esgrima que supo ser a muerte en más de una ciudad, el hábitat natural de nuestra excursión al infierno. Gracias a eso viajar, será siempre, aunque vaya solo y por un rato, volver a casa.

Los momentos robados eran la inyección de adrenalina con la que desdibujaba el peso inexorable de la culpa en los momentos de soledad. Y también el sufrimiento del anonimato, el ser un experto del amor de subterfugio pero no poder ir de la mano por las otras veredas del mundo. Las noches eran más, y las sombras del día también. Y todo lo virtual, y todo el futuro posible, represando el presente en disputa. Vos llorando tu cobardía al borde de la ruta. Y todo el desgaste de un huracán desatado en una botella, o en un baño de Letonia, donde me miraste a los ojos y dijiste *quiero tu semen*, y no pude dártelo. ■

Julio Amenábar

YO NO SOY

Mi punto débil

Amor enfermizo, inicial, obsesivo. Hablar entre susurros. Nombrar al oído cerrando los ojos, tratando de esquivar esa disputa entre la calentura y la vergüenza. Buscando acomodo, tocando con impericia y arrebato, hundiendo los dedos en cada hueco, rumiando el instante venidero con palabras provocadoras mientras la piel va perdiendo aridez. La piedra angular del deseo recostada, abierta y tramposa.

Su cara irradiaba esa belleza acumulada después de los 30. Una de esas mujeres que saben lucir hasta el cansancio, con la sonrisa urgente, de palabras siempre dispuestas.

La emoción aún perdura. Sensaciones mezcladas, todas juntas. El abrazo apretado, el orgasmo en camino, el beso lento y las promesas y el tiempo que se detiene y las dos de la tarde al otro lado de las persianas. La mentira del momen-

to evadiendo el recuerdo de otros polvos, de otras lenguas más hábiles que te dejaban tecleando al borde de la rabia. Ése fue el pacto. Una noche y un día, antes de arrojar me al mundo desprovisto y satisfecho, preso del desasosiego en la era de flores de plástico y humanidad resquebrajada, inverosímil.

Tal vez me faltó acariciarla un poco más. Apoderarme de su punto débil, volver -sin éxito- a engañarla.

Una mujer. Ésa que me devolvió la vida por una noche y un día. Extraña. Mentía, como todas, confesó, desde el alarido. Mentía desde el camión ajado y los restos de una vida anterior. Mentía desde la queja o la renuncia, desde el zigzag de su mandíbula, desde sus ojos clavados en el suelo. Estaba como el primer día, acariciando sus piernas por debajo del vestido. Todavía pendeja y poco astuta, re-

cién depilada, cruzaba la carterita en el respaldo de la silla. Fingía no verme. Buscaba llamar la atención mordiendo la patilla de los lentes, desconcertada, arqueando las cejas. Con los codos sobre la mesa, ofrecía generosa la cueva oscura del estóte. Seguía siendo la misma estúpida. Nada tenía que envidiar a una de éstas que un buen día entendieron que no era posible otro golpe de timón, que nada de lo prometido era cierto y que al final del recorrido sólo habría más de lo mismo.

Los minutos de felicidad no fueron más que una aparición. Yo la miraba aburrido sin entender demasiado, sin animarme todavía a preguntarle a ese pedazo de carne por qué hicimos lo que hicimos si no estábamos del todo convencidos. Lo único que importaba en aquel entonces era coger hasta el cansancio sin más obligaciones,

crear en el amor mordiendo esa ingenuidad desabrada.

La nada, otra vez, incrustada. Miro hacia todos lados y una imagen me asalta. La mujer que se aleja, y no alcanzo a reconocer más que su silueta devorada por los clavos de la lluvia que estampaban su ropa al cuerpo. Esa mujer azotada por la ajenidad de un mandato que no estaba dispuesta a aceptar, de una realidad que no perdona, brutal y reacia a cualquier pulsión vital que implique algo más que una simple adaptación a unos parámetros vetustos, a una sociedad podrida que le tiene asignada una silla con su nombre. La que no me permitía salir sensato de las mieles negras de su cama. Ésa que había reservado para mí una larga sobremesa, esperándome sin ropa, dejando la semana entera del lado de afuera, esperando el camión de la basura. La cama, la alfombra o

el sillón. El whisky, el faso y una de esas noches reflexivas en que el polvo es parte de la conversación. Masticando un silencio que habría de prolongarse después de ese último porqué.

El infierno también es hielo. Nos inventamos una mordaza. Cada vez hay menos sustancia, cada vez hay menos ecos, ya nada nos avergüenza. Una soledad fabricada que albergó una cuota de esperanza, que ahora parece querer comerse a sí misma, masticando su sabor amargo y poderoso. Esa gota solitaria en picada corriendo por el alambre, insignificante, henchida de sí misma, desplomándose hasta desaparecer en el rumor de la lluvia.

Queda el vacío enorme retumbando por todos los rincones. Ni una palabra más. ■

Damián Musacchio

REDENCIÓN

-¿Qué sos?

-Una nena dulce.

A los dos años ése era un diálogo tan reiterado con mis padres que creo que a los tres estaba empalagada.

La florcita, la princesita, la nena dulce.

Y yo ya tenía un lado oscuro tan grande.

No es que recuerde el diálogo de los dos años. Peor, fue grabado varias veces y lo pasaron cada vez que tuvieron oportunidad en cuanta reunión familiar se daba.

Un lindo nivel de opresión. Porque después viene la norma: las princesas no están despeinadas como vos, no juegan en el barro. Las nenas dulces no gritan.

En cuanto pude grité que las flores sí están en el barro y el viento las despeina. Y que ni las princesas ni las flores usan la ropa de su hermano mayor. Lo que no dije es que tampoco se esconden en el baño a comer Aspirinetas ni tomar Triominic, unas gotitas para el resfrío deliciosas.

Pero así fue mi infancia, defenderme con mucho bardo del inmenso amor que oprimía.

Lo que sí recuerdo con nitidez es asomarme a la ventana de mi cuarto y pensar que desde ahí no me podía suicidar, porque, a pesar del primer piso, el techito del patio estaba a unos escasos dos metros de mi ventana y para hacerme un chichón, bancarme el castigo no era negocio. Por eso no lo hice.

Cuando tomé conciencia de esos pensamientos, me tuve miedo. ¿Qué niña de siete años piensa de forma calculada en el suicidio?

Nunca se lo conté a nadie. Años de terapia, de escribir sueños y analizarlos. Pero eso nunca. Eso no lo soñé.

◆◆◆

De un tiempo a esta parte, sueños de angustia infinita. Escapar de situaciones de exterminio de las cuales no hay escapatoria. Haciendo de superhéroe que sabe que pierde y ver a mis amigas caer muertas delante mío. Sueños en distintas guerras, hundiendo la cabeza en la tierra para evitar las bombas. Sueños en los que quiero proteger a mi hijo y no puedo, cubrirlo con mi cuerpo sabiendo que es inútil, que mi cuerpo es frágil, tal vez más frágil que el suyo. Despertar envuelta en el horror infinito que da la certeza de la finitud.

También soñé que me moriría. Estaba acostada en mi cama y empezaba a sentirme mal. Intentaba manotear unos papeles que caían en cámara lenta al piso y al mismo tiempo el desvaneci-



Ilustración: Federico Murro

miento absoluto. Todos los músculos perdiendo su contracción, la orina saliendo sin sentirla, la nada. Luego vomito negro, Gus me sostiene la frente y me dice que ya pasó. Y yo sigo vomitando negro. Ahora resulta que me exorcizo en sueños.

Todo lo escribí en el celular en penumbras y lo llevé a terapia: sueños de angustia, probablemente por la mudanza al exterior. Chocolate por la noticia.

◆◆◆

El desarraigo, aun electivo, no ameniza las ausencias de una cotidianidad construida con amor y esfuerzo. Un amor nuevo y feliz no cura la carne podrida del pasado. Los afectos que se inauguran, varios y muy buenos, ocupan nuevos espacios

pero nadie es reemplazado. El corazón se amplió y se llenó de agujeros. Menudo negocio.

La angustia fue tal que empecé a arrebatarme la razón. El pecho se cierra, es verdad, el aire no llega. El corazón es una descoordinada cuerda de tambores. El brazo izquierdo se adormece y me voy a morir sola. Me van a encontrar en una semana.

¿Cómo será? De mi trabajo ubicarán a mis padres y les dirán que hace días que no saben de mí. Intentarán sin suerte contactarse conmigo.

Mi madre llorará todo el tiempo. Será el viaje más largo y doloroso de sus vidas. Lo que no puedo es verles las caras. Imagino el terror, la desesperación, pero no los puedo ver. No puedo ver ese dolor en mis padres.

¿Qué será de mi hijo? Cuánto tiempo desperdiciado, cuánta vida sin compartir.

Van a tirar la puerta abajo, van tener que desarmar mi apartamento y van a descubrir todos mis secretos. Necesito dormir y no puedo. No dejo de escuchar el repique del corazón. Llego un momento en el que decido morir. Llorando sin lágrimas me despido de todos mis amores y me duermo.

◆◆◆

Tiempo después llegó la enfermedad. Ya no era un sueño de catástrofe.

Cuando era niña y lloraba sin motivo, mi padre me amenazaba con que me iba a dar uno. Y parece que igual no se aprende.

Entonces la enfermedad me hizo bailar con la muerte. Porque

cuando el médico no te dice con nombre y apellido lo que tenés, sabés que estás al horno.

Y a mí me dijo "esto no es bueno" y me dio el resultado de la biopsia para que lo leyera: "Lesión de displasia severa coincidente con carcinoma intraepitelial hsl de alto grado". La concha de la lora. Qué mierda tengo adentro.

Hay que sacarlo, dijo el médico. Y me mandó a hacer más estudios.

Salí llorando. Llamé a mi madre llorando. Lloré una semana entera.

Creí que me iba a morir peor de lo que había imaginado, incluso soñado. Porque lejos de morir sola y de una, iba a tener que atravesar una enfermedad horrenda. ¿Qué es mejor, que mi hijo vea todo el proceso o que piense que su madre no lo quiso lo suficiente y lo abandonó? ¿Qué trauma hace menos daño? ¿Me quedo o me voy a la mierda?

Busqué otros médicos, necesitaba que nombraran mi enfermedad sin tapujos. Que me dijeran todo. Se encendió una luz, parece que es poco invasivo y la historia termina en la operación. Parece que lo agarramos a tiempo. Porque esos controles que nunca me hacía, y con los que empecé hace dos años, me salvaron la vida y el útero.

Y la mirada del otro, siempre la mirada del otro. La compasión, el miedo mal ocultado. La opinión no pedida. Y el amor que en ese momento es tan necesario y difícil de transitar.

No puedo amar ni ser amada mientras estoy muriendo.

Fueron tres meses. Larguísimos y silenciosos. No pude mandar un mail. No pude escribir una línea ni tres palabras distintas. Carcinoma. Carcinoma. Carcinoma.

"Poco invasivo", pero a mí me ocupó entera hasta que me lo sacaron. Un amigo de un amigo de un amigo logró que la operación fuera en tres meses y no en seis, como habían programado. Hubiera enloquecido. Me hubiera arrancado el útero yo misma, de cuajo. Ésa era la sensación. Tenía a la guadaña en mi vientre y atajá la paradoja.

La operación fue exitosa. Lo sacaron todo y sólo lo que había que sacar. Conservé el útero y junto a él la espada de Damocles. Controles semestrales de por vida porque puede volver en cualquier momento. Porque mis células aprendieron a multiplicarse defectuosamente.

A la nena dulce la mató la lucidez de comprender que somos un maldito cliché. ■

Lila Michalski

Apoyan:



Redactor responsable: Lucas Silva / Edición y coordinación: Apegé / Diseño y armado: Martín Tarallo / Edición gráfica: Iván Franco
Ilustraciones: Federico Murro / Textos: Julio Amenábar, Apegé, Paola Carretto, Carmen De los Santos, Valeria España, Alejandro Gortázar, Patricia P Gainza, Lila Michalski, María Moreira, Damián Musacchio, Carlos Pérez, Lourdes Rodríguez. / Corrección: Magdalena Sagarra, Karina Puga / Consejo asesor: Valeria España, Patricia P Gainza, Ana Karina Moreira